

En un banco de la derecha, un par de filas delante de la mía, hay sentada una niña muy menuda color chocolate. Su cuello flaco y sus codos punzantes me recuerdan las pringosas alitas de pollo que sirven con la comida del domingo. El sermón no es especialmente absorbente, así que me distraigo con cualquier cosa. Trenzas: mechones sintéticos de plástico brillantes y baratos de sueños hechos realidad que salen de su cabeza infantil. Sponono, con un vestido floreado de satén muy recargado, está sentada en silencio al lado de su madre, pasando los dedos por la nudosa maraña de los deseos de una niña. Una vieja cinta de pelo de lana raída forma ochos dentro y fuera de la negrura. Una y otra vez los brazos desmañados se mueven casi rítmicamente, yuxtaponiendo los dedos ávidos.

Kate Jones tenía el pelo más bonito que he visto en mis ocho años de vida. Ámbar tostado. Hojas de otoño. La puesta del sol. Su melena suave y abundante, ligeramente ondulada por las puntas, se sacudía orgullosa mientras daba vueltas por el patio del colegio.

Kate era obesa y glotona. Mimada y hosca. Grosera y malhablada. Pero con ese pelo, Kate era maravillosa. Deslumbrados por su brillo, los profesores no tenían en cuenta las tachaduras rojas en sus tareas escolares, los odiosos acosadores le perdonaban los empujones y codazos que todos los alumnos soportábamos, los chicos populares no se burlaban de su cara regordeta ni de sus tobillos hinchados, y las niñas negras salían en todas direcciones para hacerle favores a cambio de tocarle el pelo.

Todavía no sé si le salió espontáneo, lo hizo con malicia o fue fruto de una curiosidad retorcida, pero Kate me preguntó un día, durante la clase de Música, si podía hacerle las mismas trenzas delgadas que adornaban mi cabeza. Me dijo que mis trenzas eran muy bonitas y que le gustaría que su pelo fuera como el mío para ser tan guapa como yo. Atónita, sonreí de oreja a oreja mientras me esforzaba en procesar las palabras. Enseguida me puse manos a la obra, moviendo mis pequeñas manos deprisa pero sin prisa, procurando hacerlas todas idénticas.

Sonó el timbre y Kate se levantó bruscamente para irse, y vio su reflejo.

¡Pero si aún no he acabado!

Primero lágrimas, luego cabezas que se volvíán, silencio, más lágrimas y por fin gritos.

—¡Mi pelo!

¡Pero si aún no he acabado!

—¿Qué pasa, querida Kate?

Pero, señorita Reed, ¡aún no he acabado!

—¡Mi pelo!

—Fifi, ¿qué has hecho?

¡Por favor, señorita Reed, aún no he acabado!

—¡Mi pelo!

—Fifi, niña insolente, ¿qué has hecho con el pelo de Kate?

—¡Mi pelo!

¡Por favor, Kate, deja que acabe y entonces verás!

—¡Fifi, responde! ¿Qué has hecho?

—¡Deshazlas, deshazlas, deshazlas ahora mismo!

El predicador dice algo que me mete de nuevo en el sermón, pero mi mente no tarda en volver a escabullirse. Mi pequeña distracción color chocolate, frustrada, se arranca la inútil cinta de lana de un tirón. Hace una mueca. La cinta cae al suelo, a

los pies de su madre. Está enredada en una larga trenza negra que acaba en un penacho. Al verla, Sponono se echa a llorar. Las señoras del coro no están contentas. Giran el cuello sobre sus espaldas curvadas y su mirada va de ella a su madre. Sponono continúa llorando. Cuando las señoras del coro empiezan a cambiar de postura en sus asientos, incómodas, la madre no ve otra solución que agarrar el bolso, la trenza (todavía enredada en la cinta de lana) y a Sponono, e irse.

El dolor es hermoso, decía mi abuela. Bueno, mi abuela no, pero estoy segura de que lo decía la abuela de alguien, y que si mi abuela quisiera, también lo diría.

Ous Beauty me sentaba en un taburete alto para que columpiase las piernas mientras esperaba a que ella acabara de lavar, secar, teñir, rizar y marcar el pelo de sus otras clientes. El Fin de Mes siempre era un período frenético en el establecimiento de Ous Beauty, porque todo el mundo se sentía rico. En el cajón que me llegaba a la altura de las rodillas Ous Beauty guardaba un peine de dientes finísimos. En el espejo que yo tenía delante había una niña con el pelo muy áspero. Nunca me convencería de que los dos podían trabajar en armonía. Tanto dolor. Con los dientes apretados, observé cómo sus uñas rojas artificiales me separaban mi pelo hirsuto para extenderme sobre el cuero cabelludo una mascarilla de vitaminas, manteca de karité y lanolina. Yo contenía la respiración con cada tirón e intentaba concentrarme en los chasquidos del chicle que ella mascaba de forma tan explícita. Sabía que a esas alturas tenía las palmas de las manos de un rojo insoportable de clavarme las uñas demasiado fuerte. Las escondí debajo de mi trasero de diez años y cerré los ojos con fuerza, negándome a dejar salir las lágrimas que con tanta violencia combatían dentro. La crema alisadora Black Queen se olía mucho antes de verla. Las chicas negras estadounidenses de la televisión que aparecían en la caja tenían el pelo tan

liso y largo que mamá me aseguró que no podía ser cierto. Ous Beauty empezó a extenderme la crema por el pelo. Yo siempre observaba vigilante, asegurándome de que no se saltaba ni un centímetro. Una reacción química. Una dolorosa reacción química exotérmica. Quemar. Quemando. Quemado. Cuando Ous Beauty me preguntó si estaba preparada para lavármelo le dije que no. Quería hasta el último rizo liso.

En el espejo observé cómo el peine de dientes finos se deslizaba sin esfuerzo por mi sedoso y lacio pelo Black Queen. No me preocuparon los escalofríos que mi tierno cuero cabelludo enviaba a mi cuello con cada pasada de peine, ni me alarmaron las raíces blancas que habían salido a la superficie. No, estaba encantada con volver a estar guapa.

La parte superior de las paredes de nuestra iglesia es totalmente de vidrio. El vidrio está pintado con imágenes de santos de vivos colores, y es tan grueso que al mirar a través de él a las personas que están fuera, se las ve distorsionadas. Imagino que hay muchos santos, así que estoy segura de que los que veo mirándonos desde las paredes de la iglesia no son todos. El nombre de nuestra iglesia es San Francisco de Asís. Oí o leí en alguna parte que fue un joven imprudente de lo más elegante, rico y desenfrenado, muy popular entre la juventud de Asís. Lo dejó todo para vivir una vida sencilla, y se volvió tan humilde y tranquilo que las aves se le posaban en los hombros mientras rezaba.

En verano el sol brilla a través del vidrio de los santos, y en el centro del pasillo se juntan rayos de colores en los que flotan partículas diminutas que parecen mágicas, aunque probablemente solo son polvo. Cuando era pequeña pensaba que esas minúsculas partículas descendían cada domingo para proteger a nuestra comunidad de los males del mundo exterior.

–Dilo, Tshepo, dilo sin rodeos.

–No lo sé, Ofilwe, es solo...

–¿Es solo qué, Tshepo? ¿Por qué no dices lo que tienes en la cabeza? ¡Habla!

–Es como la publicidad. Sacas al mercado un producto lo bastante bueno y cualquiera lo comprará.

–¿El Cristianismo es un producto? Señor, ¿lo estás oyendo? ¿Estás loco, Tshepo? Todo nuestro sistema social está basado en el Cristianismo: el calendario, las vacaciones, las leyes. La educación que hemos recibido. ¿Y me estás diciendo que todo es un gran chanchullo?

–Lo único que digo es que mi piel es negra.

–No. No te atrevas a quitarme eso también. No pienso pedir perdón por mis creencias para sostener tu africanismo.

–No es africanismo.

–¿Qué es entonces?

Nuestra familia de cuatro miembros –mamá, papá, Tshepo y yo– ha estado viniendo a la iglesia anglicana de San Francisco desde que nos trasladamos del vagamente recordado Mabopane a Little Valley Country Estate. Nuestro nuevo hogar quedaba más cerca de las oficinas de Sandton City de mi padre y del colegio privado de Tshepo. Ese año yo iba a empezar el parvulario y Tshepo, primero. A él le habría correspondido hacer segundo, pero le hicieron repetir curso porque no sabía hablar inglés tan bien como requería su nuevo colegio elitista solo para chicos.

Nos ponemos a cantar la canción de la Paz, y luego vienen el Ofertorio y la Comunión. Me conozco tan bien el ritual que estoy segura de que podría oficiarlo si quisiera. Dejé de utilizar el misal en sexto cuando me di cuenta de que me sabía

de memoria todas las respuestas de los feligreses. Cuando Tshepo venía con nosotros a la iglesia recitaba también la parte del sacerdote, para ver quién se la sabía mejor.

Querido Diario:

27 de septiembre de 1997

Mañana es 28 de septiembre, el día de la fiesta en casa de Tim Browning con la opción de quedarnos a dormir. Estoy segura de que todos se pasarán la noche bailando mientras yo estoy en el quinto infierno muerta del asco. Mamá dice que no puedo ir. Para variar.

A nadie de esta casa le importa lo que pasa en mi vida. Sinceramente, no los entiendo. ¿Cómo pueden hacerme esto? Le pregunté a papá si podía ir a la fiesta el mismo día que recibí la invitación y él dijo que sí. Ayer en el colegio todos hablaban de lo que se pondrían para la fiesta. Por primera vez en mucho tiempo pude participar en las conversaciones, porque por primera vez en mucho tiempo iba a asistir a una fiesta de verdad y no a las típicas de primero con castillos hinchables que dan mis amigas bobas. Bueno, al menos eso es lo que yo me pensaba.

Y ayer, al volver en coche a casa, mamá me dice que un exdirector de la escuela de primaria Thuto Pele de Atteridgeville fue asesinado la semana pasada de un tiro por dos hombres a los que había recogido en autostop. Dice que estaba casado y que su hijo pequeño tiene doce años como yo. Dice que mañana por la mañana (el 28 de septiembre!) iremos al funeral y que le diga a Tshepo que tenemos que acostarnos pronto porque saldremos de casa a las cinco en punto.

Fue cuando exploté. ¿Cómo han podido olvidar el mayor acontecimiento del año? ¿O es que no les importa? Están intentando destrozarme la vida. ¡Estoy segura! Mira, no me malinterpretes, lo

siento mucho por el hombre y su familia. No quiero ni pensar en que me faltara papá. Pero ¿qué cambia que yo esté allí? Esas personas ni siquiera me conocen. ¿Qué les importará?

«Es por respeto, Ofilwe —me dice mi madre—. Puede que no nos conocen¹ muy muy bien ni a ti ni a mí. Pero estas cosas hay que hacerlas. Tenemos que asistir al funeral. ¿Mmm? Tenemos que asistir todos. Estas cosas tienen gran importancia. Mucha muchísima importancia. Nos apreciamos mutuamente. Nos apoyamos los unos a los otros. Ponte que cae una desgracia sobre la familia. También nosotros necesitaremos a esta gente.»

Bla dee bla dee bla fishpaste!² «En realidad no, mamá —repliqué—. ¡No quiero un puñado de desconocidos en mi funeral fingiendo que les importo cuando solo están allí por la comida!»

No, no dije eso. Pero lo pensé, y probablemente debería haberlo dicho. Ya va siendo hora de que mamá sepa cómo me siento. ¿No entiende que esa fiesta es mi gran oportunidad? Tim Browning no invita a cualquiera a sus fiestas. Quiere que yo esté allí por alguna razón. Una vez me dijo que yo era diferente. Dijo que no era como las otras niñas negras de la clase. Dijo que yo era más tranquila, más bonita y que me parecía un poco a Scary Spice.

En las ceremonias nupciales y en los entierros, en los días de acción de gracias *ge re phasa Badimo*, yo me quedaba de pie en señal de respeto, fuera del paso y asimilándolo todo en silencio, sintiéndome inepta entre un grupo de personas que sabían exactamente qué papel debían desempeñar en los ritos ancestrales Pedi. Como única nieta, temo el día en que me toque encargarme de esos actos sagrados. Organizar, concertar,

¹ La madre habla mal el inglés. En la traducción se ha tratado de trasladar sus errores al castellano. (*N. de la T.*)

² Por decisión de la autora, los términos y frases en lenguas sudafricanas se dejan sin traducir, como en la edición original en inglés. (*N. de los E.*)

coordinar, resolver, controlar, concretar... ¡Hablar! ¿Qué se supone que debe decir una? Tal vez me perdí alguna clase, unas lecciones a las que debería haber asistido y que por alguna razón recóndita me salté. No sé qué debe llevar la mujer de luto, hacia dónde debe mirar el colchón amarillo o durante cuánto tiempo tiene que vestir de negro, rezar, arrodillarse o llorar. No sé a quién hay que llamar y a quién enviar. ¿Y si pido a los invitados que canten antes de que llueva o hago señas a los niños para que se sienten al fondo a la izquierda en lugar de en un lateral de delante? No sé cómo se comunican las noticias delicadas, si es demasiado pronto o ya es tarde. No sé cómo se supone que debo saberlo y si algún día lo sabré.

—Mamá, ¿en qué creíamos antes de que vinieran los misioneros?

—Badimo.

—¿Badimo?

—Sí, Ofilwe, badimo.

—¿Badimo y qué más? ¿En qué más creíamos, mamá?

—Solo badimo, Ofilwe.

—Pero seguro que teníamos nuestros propios ritos tradicionales, un nombre para nuestro Dios, una forma de adorarlo. ¿Qué ha sido de todo eso?

—No lo sé. Ofilwe.

—Tshepo dice que los misioneros nos engañaron, mamá. ¿O no importa?

—No. No importa, Ofilwe.

—¿Crees que bo Koko lo sabrían?

—Es posible, Ofilwe.

—¿O fue antes de que ellos nacieran? ¿Cuándo vinieron los misioneros?

—No lo sé, Ofilwe. Buenas noches.

—Vale, mamá. Buenas noches.

Vengo a esta vieja iglesia porque me siento a gusto en ella. No entiendo nada de su historia. No sé lo que significa la palabra «anglicana» ni puedo explicar cómo surgió. Es muy sencillo. Vengo aquí porque siento que formo parte. Eso es todo. Las tradiciones de la iglesia son las mías. No tengo otras.